ABDOLAH ANSARI

Del alma, el corazón y el intelecto

Himnos y tratados

Traducción y selección de CLARA JANÉS y AHMAD TAHERÍ

TROTTA
PLIEGOS DE ORIENTE

PLIEGOS DE ORIENTE

RUBAYAT
Abusaíd Abuljaír
Selección de Mohsén Emadí. Traducción de Clara Janés y Ahmad Taheri

TEXTOS FUNDAMENTALES
DE LA TRADICIÓN RELIGIOSA MUSULMANA
Montserrat Abumalham (coord.)

MORADAS DE LOS CORAZONES
Al-Nuri de Bagdad

LA CONDUCTA VIRTUOSA DEL FILÓSOFO
Al-Rāzī
Traducción, introducción y notas de Emilio Tornero

CIENCIA DE LA COMPASIÓN
Escritos sobre el Islam, el lenguaje místico
y la fe abrahámica
Louis Massignon
Edición y traducción de Jesús Moreno Sanz

EL CAMINO DE LA FELICIDAD
Abū Nasr al-Fārābī
Traducción, introducción y notas de Rafael Ramón Guerrero

EL LIBRO DE LAS LETRAS
El origen de las palabras, la filosofía y la religión
Abū Nasr al-Fārābī
Traducción, introducción y notas de José Antonio Paredes Gandía

LA DORMICIÓN DE LA VIRGEN.
CINCO RELATOS ÁRABES
Edición y traducción de Pilar González Casado

APÓCRIFOS ÁRABES CRISTIANOS
Edición y traducción de Juan Pedro Monferrer Sala

LAS DIMENSIONES MÍSTICAS DEL ISLAM
Annemarie Schimmel

EL ENCUENTRO CON EL ÁNGEL
Shihāboddīn Yahyá Sohravardī
Tres relatos comentados y anotados por Henry Corbin

Del alma, el corazón y el intelecto

Del alma, el corazón y el intelecto
Himnos y tratados

Abdolah Ansari

Traducción y selección
de Clara Janés y Ahmad Taherí

TROTTA

La edición de esta obra ha contado con la ayuda
de la Editorial Internacional Al-Hoda.

PLIEGOS DE ORIENTE

© Clara Janés y Ahmad Taheri, 2009

© Editorial Trotta, S.A., 2009
Ferraz, 55. 28008 Madrid
teléfono: 91 543 03 61
fax: 91 543 14 88
e-mail: editorial@trotta.es
http:// www.trotta.es

isbn: 978-84-9879-045-0
depósito legal: S-693-2009

impresión
Gráficas Varona, S.A.

ÍNDICE

Prólogo 9

Himnos 21
Tratados 81

PRÓLOGO

Clara Janés

¿Quién ha oído la voz de la exaltación? Sin duda, los ángeles, pues es una voz que se eleva hacia las alturas en un rapto tan purificador que la convierte en la misma energía lumínica de la que están constituidos estos seres celestes, según la doctrina que nos desveló su imagen, el zoroastrismo. Ahora, con este sencillo libro, *Del alma, el corazón y el intelecto. Himnos y tratados*, podemos situarnos todos a esta misma altura y acceder al gozo, el saber, la esperanza, la fe y la alegría transformada en palabras, pues esto es fundamentalmente lo que son estos tratados y estos himnos. Su autor, Abdolah Ansari, nacido en el año 396 de la Hégira (1005 e.c.), en Herat, comunicaba ese impulso ascensional, imagen de vida que emerge sin cesar, cuando confesaba: «Soy primaveral, he nacido en primavera y la amo mucho».

Elevación, pues, es lo que transmiten al lector las oraciones y súplicas de Ansari al Altísimo que, como la luz del amanecer, se inician suavemente para alcanzar mayor plenitud y ofrecer a la vista un panorama más extenso. Es que al despuntar el día, empezaba el maestro la jornada: «Al alba iba al lugar donde se recita el Corán y lo recitaba.

Cuando volvía, empezaba a estudiar. Escribía seis páginas, las aprendía de memoria. Cuando acababa el estudio me entregaba a la literatura. Escribía todo el día. Había dividido mis días en varias partes. No tenía respiro. No perdía un solo instante. Después del almuerzo, y hasta la oración de la noche, no comía nada más. De noche, a la luz de la lámpara de aceite, escribía dichos. No tenía tiempo para cenar. Mi madre partía el pan en pedazos y me los ponía en la boca».

Pero en los himnos no se detecta el peso del estudio, no se detectan tan apretadas horas de trabajo; se trata de cantos que parecen brotar espontáneamente de labios de quien va por «esos montes y riberas», por esos «prados de verduras / de flores esmaltados», que cita san Juan de la Cruz, pero no sólo preguntándose por un Amado escondido, sino en el derroche del que sabe que le han sido concedidos dones en desmesura, los grandes dones mencionados: fe, saber, esperanza, alegría, gozo. Y semejante estado no disminuiría con las contrariedades, se mantendría hasta el final.

Sabemos, por su testimonio y por el de Abderahmán Jami, que las creencias de Ansari se asentaban en la escuela de Hanbalí (una de las ramas del sunismo) y que fue famoso con el título religioso de Sheij al-Islam y, entre los sufíes, como Pir-e-Herat (el maestro de Herat), pero sabemos también que fue repetidamente encarcelado y exiliado, acusado de creer en la encarnación. Así, durante los últimos años del reinado del sultán Masud Qaznaví, lo llevaron a juicio por idolatría, pero fue absuelto. De nuevo en tiempos de los selyúcidas, sus enemigos consiguieron que recibiera la orden de dejar Herat, pero sólo por unos meses. Era el año 436 de la Hégira (1045) y dos

años más tarde volvieron a confabularse contra él y pasó entonces un año en la cárcel. Al salir prosiguió con sus enseñanzas, pero en el 458 (1066), en tiempos del visir Nezamalmolk, se reprodujeron las acusaciones y partió al exilio, a Balj, encadenado de pies y manos. Pudo regresar. Transcurrieron cuatro años, se hallaba en el poder el sultán Alp Arsalán, cuando una vez más se le exilió, aunque logró volver a Herat donde fue acogido con respeto. No cesaron las provocaciones: anciano y ciego, se vio una vez más desterrado por un año, en 480 (1087), y en el 481 murió.

Uno de estos episodios lo relata Farid ud-Din Attar en su *Memorial de santos*: «Llevaban a Abdolah encadenado a la ciudad de Balj y él mismo ha dicho: en el camino pensaba que mis pies habían hecho alguna cosa indebida. Cuando llegué a la ciudad, dijeron que todos sus habitantes se hallaban en los tejados para tirarme piedras. En aquel momento tuve una visión recordando que un día, a la hora de preparar la alfombra de oración de Jaraqani, la pisé. De repente vi que las gentes de los tejados se quedaban quietas y no podían tirar las piedras».

Abulhasan Jaraqani era el maestro. Abdolah Ansari, hijo de un asceta, Abu Mansur, conoció el *Corán* y las leyes religiosas primero por su padre. Interesado en el saber desde sus años de escolar, aprendió pronto de memoria el Libro y los dichos del Profeta y numerosos poemas, y él mismo empezó a escribir. Diría luego: «Cuando tenía cuatro años mi padre me envió a la escuela y cuando tenía nueve ya escribía poemas, de tal modo que todos me envidiaban». En su entorno se rechazaba a los *Motekalem*, escuela que discutía sobre los conceptos religiosos, e impregnado de este sentir, Abdolah se orientó hacia el

sufismo. Durante su infancia, quedó huérfano, cuidando de su educación Yahia Ibn Ammar Sheibaní. A los catorce años finalizó sus estudios básicos, pero siguió profundizando: literatura árabe, teología, filosofía... «Tengo una memoria tal, que todo lo que pasa por mi pluma queda en ella», confesaba, y «si me ponía a calcular, veía que me sabía setenta mil versos».

En el año 417 (1026) partió a Nishabur para estudiar la tradición. En *kalam* (discusión) fue alumno de Abu Bakú Hoirí. De regreso permaneció en la *tekkyya* de Yahya, con el que aprendió comentario de los textos sagrados. También asistió a las reuniones de Abu Abdolah Taí. Posteriormente, emprendió la peregrinación a La Meca, pero la inseguridad de los caminos no le permitió llegar más que a Bagdad. Al año siguiente reanudó el intento con parecida suerte: llegó sólo hasta la ciudad de Rey[1] y tuvo que regresar. De vuelta, visitó en Nishabur a Abusaid Aboljair y a Abulhasan Jaraqani. Hablando de sus maestros, dijo: «Yo pude servir a muchos». Pero al ver que a través de las ciencias canónicas no se alcanzaba la meta verdadera, se acogió al sufismo y se relacionó con los grandes místicos. Fue Abulhasan Jaraqani quien le entregó el hábito y él lo reconoció como su «maestro en el sufismo y en la Verdad». «Si no lo hubiera visto, ¿cómo conocería la Verdad?», comentó.

Jami, en su *Nafahat al-ums* (Aromas de intimidad) —biografía espiritual de maestros del sufismo desde sus orígenes hasta el siglo XV, que se basa y complementa la reelaboración en *heraví* del libro de Salami *Tabaqat-e sufiyya* (Los grados del sufismo), realizada por Ansari—

1. En el sur de la actual Teherán.

afirma que Abdolah, comentando su segunda peregrinación frustrada, dijo: «Tenía que visitar a Jaraqani, o sea mi viaje se debió a eso». Jaraqani, hombre sin estudios, pudo llegar al fondo de su corazón en aquel encuentro. Él se confesó ignorante y vio en el joven a un sabio. El joven, de todos modos, recibía el saber de aquel místico iletrado: «He dicho, oh maestro, tengo una pregunta. Pregunta, dijo el maestro. Le pregunté cinco cosas, tres a través de la lengua, dos directamente al corazón. Respondió a todas». Y se dice que en todo momento, Jaraquani tenía las manos de Abdolah entre las suyas. «El que no había aceptado dar la mano al sultán Mahmud Qaznaví —comentó luego Jami— ya tenía las de aquel muchacho entre sus manos. Estaba en éxtasis, gritaba, las lágrimas brotaban de sus ojos como arroyos. Y hablaba». Los discípulos de Jaraqani, que nunca habían visto a su maestro tratar con alguien de aquel modo, no salían de su asombro. Abdolah decía sencillamente: «Me han enviado a él».

Con anterioridad, otro gran maestro, Mohammad Qasab, lo había admirado e incluso llevó a cabo un gesto inusitado: lo acompañó al bazar de la ciudad que no había pisado desde hacía treinta años. Pero Qasab no llegó a saber quién era Abdolah. Lo supo Jaraqani que, al verle, adivinó su pensamiento centrado en que el alma y el cuerpo son uno con la Verdad, es decir, Dios, por tanto no creados, y, sin que él le preguntara, dijo: «Aquel que come y duerme es una cosa, pero el sufismo es no creado, no por el nombre es no creado, porque el nombre es creado, sino que en él hay una esencia no creada, y el sufí vive pendiente de ella». Se establecía un diálogo tan sutil que era casi inasible. En una ocasión le dijo: «Si

has hablado con Jezr[2], arrepiéntete y arrepiéntete también de cualquier noche pasada en el camino a La Meca». La compañía de Jezr, pues, o el camino a La Meca podían ser un velo.

Abdolah Ansari, en cierto modo, fue uno de los sucesores de Abulhasan Jaraqani, cuyas enseñanzas, a través de cuatro maestros anteriores, se remontaban a Junaid de Bagdad, pero otros lo consideraban entroncado con la escuela de Bayazid Bastamí. De regreso a Herat, tras su paso por Nishabur, se entregó al ascetismo y a predicar y enseñar, sobre todo, comentario del *Corán* y a la vez vertía a lengua heraví (dialecto persa) la famosa obra de Abdorahman Salamí escrita en árabe *Tabaqat al-sufie* (Los grados del sufismo). Lo fundamental de su saber, tanto en comentario como en leyes y exégesis de la Vía y la Verdad, se halla recogido en el libro *Kashf-al-asrar* (Revelación de los secretos). Pero no era sólo un saber teórico lo que Ansari transmitía, sus reuniones exhalaban aquellos dones que lo complementaban: alegría y gozo. Muchos habitantes de Herat acudían a escucharle, a pesar de la oposición y las protestas de las escuelas Ashariyya y Motazilá, de los filósofos y de los *Motekalim*, partidarios del *kalam* (discusión).

Aunque la ceguera privó de la luz del día a Ansari los últimos ocho años de su vida, su modo de acercarse a Dios —ese que le causaba tan enconada oposición— lo iluminaba interiormente hasta lo tangible. Dios —así queda expresado en su *Al Arbain fi sefat* (Cuarentena en los atributos)— es ente y persona, está dotado de aliento, aspectos y rostro, ojo, oído, mano, pie, dedos; y con sus

2. Personaje de la tradición religiosa, guía de los extraviados en el mar, guía de Moisés y maestro interior de muchos sufíes.

propias manos recibe la limosna de los fieles. Mora en el cielo y se halla en el trono y su palabra no es creada.

Dentro del sufismo, su libro más importante es *Manazel al-saerín* (Las moradas de los caminantes) que se centra en las etapas que hay que recorrer en la vía hacia la unidad. Esta obra, comentada posteriormente por Abdorrazaq Kashaní, causó también escándalo entre algunos religiosos.

Con todo, la fama de Ansari se debe fundamentalmente a *Monajatnamé* (Himnos y peticiones), escritos en persa y en prosa poética, algunos de los cuales se han convertido en refranes. Se trata, de hecho, de una selección de palabras suyas, recogidas de distintas obras y de sus enseñanzas por sus discípulos.

Aunque desgraciadamente algunos han desaparecido, escribió también otros libros importantes en persa: *Kanz al-salekin* (El tesoro de los caminantes), *Zad al-arefin* (Alimento de los místicos) y *Ketab-e-asrar* (Libro de los secretos) y los tratados de *Eradat* (Voluntad), *Kalandar* (el que pertenece a la escuela Kalandaryya), *Haft hesar* (Siete murallas), *Mohebatnamé* (Libro del amor), *Maqulat* (Disertaciones), *Elahinamé* (Libro de Dios), todos ellos en prosa poética, estilo que, más adelante, utilizaron grandes autores como Saadi Shirazí. En estas obras figuran el *Diálogo entre el intelecto y el amor* y el *Tratado del corazón y del alma*, aquí incluidos, y además *Disputa entre el día y la noche*, *Razones de la libertad y la predestinación*, *Atención del Clemente al hombre*, *Sobre los sufíes falsos y verdaderos* y *Sobre el orgullo de juventud y la oscuridad de la vejez*.

Los escritos de Abdolah, generalmente rimados, están dotados de un ardor y una emoción difícilmente igualables.

Se trata de la luz recibida de lo alto que llena de arrobo la palabra que va a ser pronunciada y, por ello, va precedida en general, de una exclamación admirativa: «¡Oh Dios!». Desde este punto de arranque, crece como una enredadera en el «jardín de la amistad». El poeta está completamente entregado, porque «por su mero intento, ¿cuándo puede salvarse el ciervo?», y asumiendo la perplejidad, ya que ésta es «el camino que va a tu encuentro». En este camino sopla «la brisa de la felicidad», aunque lo merodea «un mar de lágrimas de sangre». Por esa iluminación inmarcesible, Ansari no sólo abre la vía del estilo, que se adivina eminentemente espontáneo y verbal, con la mezcla de verso y prosa, que hemos visto seguirán luego otros grandes maestros, sino que convierte sus poemas en vehículo de imágenes y símbolos que igualmente recrearán y ampliarán sus sucesores. Claramente percibimos el eco de su verso «Vi al amigo junto al lecho cuando desperté del sueño» en el conocido gazal de Hafez que empieza:

> Con los rizos al viento, perlado de sudor, riente y ebrio,
> camisa desgarrada, entonando una oda y la copa
> [en la mano,
> los ojos pendencieros, la ironía en los labios,
> a media noche, junto a mi lecho se sentó.

Del mismo modo sentimos que subyacen las palabras de Ansari: «La ciencia de la proximidad que no cabe entre la lengua y el oído...» en el rubai de Yalal ud-Din Rumi:

> Ese bocado que no cabe en la boca, pídelo
> y esa ciencia que no cabe en palabras, pídela.
> Hay un secreto dentro del corazón de los hombres
> [de Dios.
> No cabe en ese centro Gabriel, pídelo.

Y acaso el origen de los continuos juegos de conceptos que el mismo Yalal Ud-Din Rumi elabora siglos después, se halle en versos de Ansari como éstos:

> ¡Oh amado de los dos mundos!
> De este pobre, ¿cuál es el remedio?
> No por ti quedé sin remedio,
> sin remedio quedé en ti.

Sería larga labor estudiar estos cauces abiertos por el místico del siglo XI a los que le siguieron, uno, dos o tres siglos después. Temas, planteamientos e imágenes que asoman merced a su inspirada voz resuenan en todos ellos. Leyendo a Ibn Arabí o al mismo Rumi nos asaltan continuamente versos de Ansari como «¡Bendito el día en que el sol de tu majestad nos mueve! / ¡Benditos los deseantes que nos dan noticia de tu belleza!»; en Hafez nos parece oír de lejos «¿Cuándo saldré volando de esta jaula / y haré el nido en el jardín divino?» ante su interpretación de Dios como jardinero, o bien: «Abdolah es un peón en el tablero. / Donde gira la torre la atropellan con caballos», ante la imagen, usada más de una vez por él, del juego de ajedrez como símbolo de los movimientos de la vía sufí; en Attar late el espléndido verso: «no me puede saciar el que reparte el agua, / yo busco el mar», pues nadie como él dio grandeza a la imagen del noto, las olas y la gota de agua; en Saadi percibimos que capta la sutileza del verso: «Al fuego de la perplejidad me arrojé, / como la mariposa a la llama de la lámpara», pues llevó al extremo el simbolismo de la mariposa que corteja a la vela...

En cuanto a los dos tratados aquí recogidos, ponen de relieve algunos interrogantes y elaboran con complejidad la doctrina que se irá asentando luego. En el *Tratado del*

corazón y del alma cabe destacar las tres preguntas que se plantean en un principio: «¿Qué es el anonadamiento? ¿Qué es la fidelidad? ¿Qué es la permanencia?». Y sus respuestas: «liberarse de la propia mismidad», «entregarse al amigo» y «ensamblarse a la Verdad». Para cumplir estos tres puntos hay que sobrevolar una serie de contradicciones y cumplir diez principios que se establecen como conclusión.

En el *Diálogo entre el intelecto y el amor*, el autor nos presenta al primero como «el que certifica la plata pura», mientras el segundo es «el bohemio del umbral». El amor dice al intelecto que se conforme con un puesto menos ambicioso y le exhorta a tomar orientación. Exclama: «¡Oh, cómo te estorba la túnica del entendimiento!». Lo que sabe el sufí, lo sabe a pesar del intelecto. Y Abdolah Ansari salta por encima de su inmensa memoria (recordemos que se sabía el *Corán*, los Dichos y setenta mil versos) —riqueza que era también una pasión pues contribuía a que los sentidos estuvieran abiertos para recibir el don (así lo vemos cruzar la tormenta, curvado por un doble peso, el suyo y el de los papeles, «desde Nishabur a Dezabad, y llovía, y yo iba doblado y con los papeles de los Dichos pegados a mi cuerpo para que no se mojaran)—, y salta también por encima de su preclara inteligencia —«toda ciencia trascendiendo», como diría san Juan de la Cruz— para entregarse a la inspiración, alimentada de su propia perplejidad y la conciencia de su pequeñez frente al Altísimo. Pero, anonadado ante la grandeza divina, recibía esa inspiración y con ella reaparecía todo, todos sus dones: el intelecto, la bondad, la alegría, la exaltación, el poema y la contradicción gozosa que le hacía exclamar:

¡Oh Dios!
¿Dónde hallaré aquel día que tú me eras
y yo no estaba?
Para que ese día llegue de nuevo
estoy entre fuego y humo.
Si hallo ese día por los dos mundos habré ganado.
Y si alcanzo a concebir tu ser, feliz seré por mi no ser.

HIMNOS

1

¡Oh Dios!
Si tú no lo deseas, ¿qué se manifiesta?
Si tú no lo llamas, ¿quién acude?
Al terreno inculto, ¿de qué le sirve el agua?
A quien no la merece, ¿para qué dar respuesta?
Al que es amargo, ¿de qué le sirve la vecindad del agua?
A la espina, ¿de qué le sirve estar junto a la rosa?

2

¡Oh Dios!
Si lloro, llorar en ti es gozoso.
Si me ufano, ufanarse por ti es gozoso.
¡Oh, Dios!, tómame por alegre ya que lloro en tu corte.
Esperando ser un día objeto de tu clemencia, grácil avanzo.
Tú me aceptas y yo a ti me entrego.
Me lanzas sólo una mirada
y los dos mundos lanzo yo al agua.

3

¡Oh Dios!
Del jardín de la amistad nos alcanzó una brisa
y el corazón sacrificamos.

Un perfume llegó del arca de la amistad
y como el rey en la cima del universo hablamos.
Destelló un relámpago en el oriente de la verdad,
tuvimos en poco la tierra y el agua
y abandonamos los dos mundos.
Lanzaste una mirada,
prendió en nosotros esa mirada, ardimos,
y otra mirada curó al que había ardido con su bálsamo.
Salva al náufrago:
para el que bebe vino, el vino es medicina y bálsamo.

4

¡Oh Dios!
A los enemigos muestras los amigos,
a los derviches otorgas tristeza y nostalgia.
Enfermas y tú mismo ofreces cura.
Dejas al hombre sin remedio y tú mismo el remedio [indicas.
Creas al hombre de tierra y con gran bondad lo tratas.
A la felicidad de los ángeles, prefieres la suya.
Lo invitas al paraíso
y para recibirlo creas el jardín de Ridván[1].
Voto le exiges de no coger el trigo
y en la sabiduría oculta escondes este gesto.
Entonces lo encarcelas y, por años, lo abandonas al llanto.
Cruel eres, oh Dios, y la labor de los crueles haces.
Y cumples con la tarea de los dioses,
contra los amigos, toda guerra y adversidad desencadenas.

1. Arcángel guardián del Paraíso.

5

¡Oh Dios!
El hombre, con la palabra primera, ¿cómo se crea?
¿Cuál es su deuda por lo que no tiene?
El intento del ciervo, ¿qué lo mueve?
Tu voluntad es, ciertamente, la tarea.
Por su mero intento, ¿cuándo puede salvarse el ciervo?

6

¡Oh Dios!
Digna de ti es tu clemencia.
Tú acaricias el mundo,
sólo en ti se halla la alegría.
Y tristeza no hay con tu recuerdo.
Enemigo, mediador, testigo y juez tú eres.
De tu amor estar separados no podemos.
Libre de lo que anuda existencia y no existencia.
Libre del enigma de la pluma y las tablas.
En las reuniones del afecto,
el cáliz de alegría sin cesar sostenemos.

7

¡Oh Dios!
El que te dedica su tarea, tiene tarea.
El que tiene un amigo como tú, tiene amigo.

El que en los dos mundos te alberga
jamás te deja.
¡Qué extraño que quien te ha hallado
te deje oscuramente, en llanto!
Quien no te halló por no encontrarte llora.
Quien te encontró ¿por qué te deja?
Quien como tú tiene un amigo,
si se queja, oscurece su tarea.

8

¡Oh Dios!
Llorar ansío en mi mente, llorar largamente.
No sé si es de envidia o de gracia este llanto.
La envidia es lo que al huérfano le toca, mientras la vela
[por gracia llora.
¿Qué significa que por gracia llora?
¡Esta es una larga historia!

9

¡Oh Dios!
Presumí un tiempo de tu recuerdo
y por fin yo mismo morir y renacer elegí.
¿Quién como yo merece tal labor?
Me basta haber llegado a hablar contigo.
¡Oh Dios!
De no ser tu recuerdo, no hay corazón;

no hay alma, de no ser tu búsqueda.
Y la vida, ¿qué sería sin corazón ni alma?
¡Oh Dios!
Al margen he quedado de las gentes del mundo.
Vacío está de ti mi ojo y tú me ves.
No estoy de ti vacío y veo tu rostro, oh alma.
Conmigo estás y no te hallo en el alma visible.
Oh reino del corazón y vida del alma,
no abarcado, mas hallado; no visto, mas evidente.
Entre la lengua y el corazón está tu recuerdo.
Y tu amor entre el alma y la cabeza.
Hallarte equivale al día que nace de repente por sí mismo.
Ni a la alegría ni a la tristeza se entrega quien te encuentra.
Oh Señor, alberga mi cabeza lo que expresar no puedo.
Culmina la labor que no se hace visible en los dos
[mundos y nos completa.

10

¡Oh Señor!
¿Cómo recordarte si estás tú mismo en el recuerdo
y un grito para el caminante eres a la hora del olvido?
Recuerdo eres y huella, y en tu búsqueda tú mismo eres
[compaña.
¡Oh Señor! A quien a ti llegó llegaron las tristezas.
Y rió el alma de quien te vio.
¿Quién mayor beneficio obtiene en los dos mundos, que
[el que te nombra?
¿Qué es preferible para el ciervo al gozo que tu otorgas?
¡Oh mísero!, ¿qué sabes tú de sus atenciones?

Sin haber viajado, ¿qué sabes del camino?
¿Qué sabes del nombre y las señales, si no has visto
[al amigo?

11

¡Oh Señor!
Para el que por ti trabaja ¿cuándo el trabajo acaba?
Para el que por ti vive, ¿cuándo llega la muerte?
El alma, si en el cuerpo te pierde, es como un muerto
[encarcelado.
Vive con la verdad el que contigo vive.
Elogio de Dios para los muertos:
dice el arcángel:
ellos son los vivos.

12

¡Oh Dios!
Alegres estamos, pues primero tú fuiste y nosotros no.
La labor iniciaste y nosotros no.
Tú pusiste precio al hombre y mandaste a un enviado,
mas no destruyas, por nuestra causa, lo que nos
[concediste no solicitado
¡Oh Dios!
Cuanto de bueno hiciste por nosotros, por nuestra causa
[no lo anules.
Y cuanto por nuestros méritos hiciste, si no lo merecemos,
[no te aparte.

¡Oh Dios!
No dejes brotar lo que nosotros cultivamos
y priva de nuestra plaga a lo que tú, por nosotros,
[cultivaste.

13

¿Cómo sabía yo que anda en negocios el que aspira al
[paraíso eterno?
Y el místico un instante aguarda.
¿Cómo sabía que el que anda en negocios anhela huríes
[y palacios?
Y el místico, en el mar evidente, en luz, sumergido
[se halla.

14

¡Oh Dios!
En esta corte, de día, todos suplicamos
que eches la gota de aquel vino en nuestro corazón
y nos mezcles con el fuego y el agua.
¡Oh!, la suerte nuestra
por el amigo se halla salva.

15

¡Oh Dios!
Cerca te muestran y estás más allá.
Lejos te imaginan y más cerca que el alma estás.
La esencia del alma de los caballeros eres,
presente en los corazones de los proferentes.
¡Oh rey!
Eres quien tú mismo dijiste y como lo dijiste.

16

¿Cómo sabía yo que arde el humo de este fuego?
Pensaba que donde hay fuego hay una lámpara.
¿Cómo sabía yo que es culpable, en la amistad,
[el asesinado,
y el juez, refugio del asesino?
¿Cómo sabía yo que es perplejidad el camino que va
[a tu encuentro
y el que a ti más te busca, en ti se halla sumergido?

17

Los que a su puerta le requieren, son muchos.
Y pocos son aquellos que le quieren.
Los que lamentan el dolor que él les causa son muchos.
Y son pocos aquellos a los que ese dolor pertenece.

18

¡Oh Dios!
Cuando de ir en pos de ti se habla, de mi sabiduría
[huyo.
Temo mi audacia y me agarro al olvido.
Por el rey visible, asiré siempre el velo de lo oculto.
Mi objetivo no logro pero, por decir algo, a una cosa
[errónea me lanzo.

19

¡Oh Dios!
A veces me miro.
Digo:
Mas poca cosa que yo ¿quién es?
A veces te miro.
Digo: Mayor que yo ¿quién es?
A veces miro mi naturaleza.
Digo:
Más bajo estoy que cuanto hay en el mundo.
Y, desde el trono del cielo, me miro
cuando olvido mis atributos.

20

¡Oh Dios!
Los de buen corazón te buscaron por ti mismo
[y se integraron.

Los mezquinos te buscaron por sí mismos y se apartaron.
Ni el que se integró supo dar las gracias
ni el que se separó arrepentirse.
¡Oh tú que eres guía del camino hacia ti,
haz que yo llegue, pues nadie llegó!
Único eres y único es quien te conoce,
por sí mismo ese camino causa dolor.

21

¡Oh Dios!
Toda esa gracia tuya es nuestra parte.
Y la emoción y la luz de tu atención se observan en cada
[aliento nuestro.
¿Qué señor puede haber como tú?
Y ¿dónde un amigo como tú puede haber?
Sólo tu propia cualidad mereces.
Estos son signos, son vía del mañana.
Se trata de un mensaje y de un premio verdadero.

22

¡Oh Señor!
La esperanza de tu encuentro, de mi corazón es gracia.
En los prados de tu encuentro vela la primavera
[de mi alma.

23

¡Oh Señor!
Busco lo hallado.
Con los ojos abiertos digo:
¿Qué tengo, qué busco?
¿Qué veo, qué digo?
Por tal búsqueda enloquezco.
Atado estoy por este diálogo.
¡Oh Señor!
Actué yo mismo, yo mismo elegí.
Yo mismo me prendí fuego.
De la amistad hablé
y se ensancharon el corazón y el alma.
Me he ahogado, ahora; por el mismo ardor he caído.
Dame la mano.

24

¡Oh Dios!
¡qué recordar si todo soy recuerdo!
La cosecha de mi identidad he lanzado al viento.
Recordar es alcanzar y no dejar la vida en el olvido.
La vida está más allá de los dos mundos y el logro
[es lo que sabes.
¡Oh Dios!
Dediqué un tiempo a recordarte
y otro presumí de tu recuerdo.
Mis ojos a ti llegaron y me entregué a contemplar.
Conozco ahora el recuerdo y me callo.

¿Quién merecer puede esta morada, como yo?
¡Ah, por un recuerdo sin límites
y, cuando toca, el encuentro!
¡Ah, por aquel de identidad conocida
y un amigo mensajero!

25

¡Oh Señor!
Porque puede, lleva a cabo la tarea
y hace donación porque tiene,
mas el caminante, ¿qué tiene y qué puede?
Un poder como el tuyo, ¿quién lo posee?
Y para darte gracias, ¿quién tiene lengua?
Y sin tu amor, en el alma, ¿quién se deleita?

26

¡Oh Dios!
¿Cuál será la tristeza del que te alcanza?
¿A quién reconoce, el que no te reconoce?
Libre es el alma que vive con tu recuerdo.
Alegre está el corazón que de tu amor presume.
Contento el que contigo está concorde.
Separar de lo existente lo que no eres tú, sobre todo
[cuenta.
Concorde está contigo quien cumple esta tarea.

27

¡Oh Dios!
Si tuve una cosecha en el mundo
la di a los otros.
Y si para el otro mundo tengo una reserva
a los creyentes se la entrego.
En el mundo tu recuerdo me basta.
Y en el otro mundo tu visión.
Este mundo y el otro dos bienes son con precio.
Y verte es un don.

28

¡Oh Dios!
Veo en este mundo a algunos que de él se ocupan
y veo a algunos de los dos mundos que de sí mismos
[se ocupan.
Estoy atento a la brisa de la felicidad, ¿cuándo sopla
[de cerca?
Y el sol de tu encuentro, ¿cuándo asoma por la torre
[de tu atención?
Con lengua absurda y debido a la esperanza, lloran y dicen:
¡Oh clemente!
Quien por ti se entusiasma y se halla sin ti, ¿qué vida
[tiene?
Quien tu amistad espera, un mar de lágrimas de sangre
[merodea.
¿Qué hago sin ti, oh fuente del sosiego de mi alma?
Si no estás a mi lado, ¿qué felicidad hallo?

29

¡Oh Dios!
El que te busca
al punto debe morir y nacer
o la espada del fracaso derramará su sangre.
¡Oh de los dos mundos amado!
¿Esta es la situación del que hacia tu corte parte?
¿O lo que toca a este derviche es este estado?

30

¡Oh Dios!
¡Todos arden de ti separados
y el enamorado al verte!
Si el amigo es invisible,
con la paciencia y la quietud,
¿qué relación tiene el enamorado?

31

¡Oh Dios!
Nos has llamado ignorantes.
Si no es infidelidad, en la ignorancia ¿qué hay?
¡Oh Señor!
A nuestra debilidad atribuye no poder con nuestro ego.
Y a nuestra ignorancia, la osadía y el atrevimiento.
Te adueñaste de nosotros y nadie dijo: ¡toma!

Y pues que nos has tomado, no nos sueltes:
a la sombra de tu gracia, consérvanos.

32

¡Oh Dios!
El gnóstico te conoce por la luz
y no puede expresar el rayo de tu ser.
El monoteísta te conoce por la luz del acercamiento,
en el fuego de amor arde
y presume sin cesar
¡Oh Señor!,
busca tu encuentro en tu búsqueda.
Sumido en perplejidad no distingue entre el querer
[y la búsqueda.

33

¡Oh Dios!
El signo de esta tarea nos hurtó el mundo,
incluso nuestro signo, desde el cuerpo oculto.
Visitarte dejó sin alma al caminante.
Tu amor fue su beneficio.
Perdió los dos mundos.
¡Oh Dios!
¿Sabes por qué estoy contento?
He caído en ti aunque no por mí mismo.
Fuiste tú, yo no quise.
Vi al amigo junto al lecho cuando desperté del sueño.

34

¡Oh Dios!
¡Ay de esta mezquindad mía
que nunca he visto llorar tanto como a mí!
¡Ay del alma nuestra, que arde por ti!
Nadie hay en el mundo que nuestra situación considere.
¡Oh Dios!
De envidia dejé correr tantas lágrimas
que con el agua de mis ojos regué la siembra del dolor.
Si hallo la felicidad primera, me huelgo de este dolor.
Si un día mi ojo te alcanza
no me veré a mí mismo en esta circunstancia.

35

¡Oh Señor!
Tengo el corazón henchido de dolor
y el alma llena de sufrimiento.
¡Oh Señor!,
¡Oh amado de los dos mundos!
De este pobre, ¿cuál es el remedio?
No por ti quedé sin remedio,
sin remedio quedé en ti.
Aunque nunca estoy ausente, dices: ¿dónde estás?
Y cuando a la corte vamos no abres la puerta.
¡Oh Señor!
Si el código de la fe no permite la desesperanza
y la esperanza en la misma Verdad es un defecto,
entre esto y aquello, el caminante, ¿halla cara a ti
[un sendero?

Si, en el código de la fe, la paciencia es un signo valorado,
y, en la Verdad, la impaciencia es una orden,
entre esto y aquello, el caminante, ¿halla cara a ti
[argumento?
¡Oh Señor!
Los hay de corazón rico en fuego y este pobre en el alma
[lo tiene,
por ello algunos consolidan su vida
y este derviche la deshace.

36

¡Oh Dios!
Mi belleza equivale a mi servicio,
¿a quién si no a ti menciona mi lengua?
Ser quien te recuerda es la tierra mía.
Este es todo el valor de mi letanía.

37

¡Oh Dios!
Por perplejos todos gritan
y yo me lleno de gozo de estar perplejo.
Con un «heme aquí» abrí la puerta y salí de mi fracaso.
¡Cuánto tiempo perdido por ignorar tu benevolencia
[en mi recuerdo!
¡Oh Dios!
Al fuego de la perplejidad me arrojé,
como la mariposa a la llama de la lámpara.

Ni el alma soportó el sufrimiento del latido,
ni el dolor de arder, mi corazón.
¡Oh Dios!
Agua tengo en la cabeza, en el corazón, fuego.
Ostento en lo interior y en la apariencia ruego.
Me senté en un mar sin límites.
Mi alma sufre de un dolor incurable.
No hay lengua capaz de expresar lo que mi vista
[alcanzó.
Los enemigos dicen: no es hermosa esta palabra.
Si nadie lo ve, no es culpa del sol.

38

¡Oh Dios!
Hay quien te encontró buscándote,
yo huyendo te encontré.
Hay quien te halló en el recuerdo,
yo olvidando te encontré.
Hay quien por querer te halló,
yo el querer de ti encontré.
¡Oh Dios!
Tu mediador eres tú mismo.
Fuiste primero tú y serás tú al final.
Todo eres tú y nada más.
El resto es capricho.

39

¡Oh Dios!
¿Dónde hallaré aquel día que tú me eras
y yo no estaba?
Para que ese día llegue de nuevo
estoy entre fuego y humo.
Si hallo ese día por los dos mundos habré ganado.
Y si alcanzo a concebir tu ser, feliz seré por mi no ser.

40

¡Oh altísimo!
El conocimiento no puede alcanzarte,
ni la lengua darte gracias,
ni tiene límite el mar de tu majestad.
¿De qué modo, pues, alabarte y ensalzarte?
¿Quién te conoce? Sólo tú te conoces.
¿Quién sabe de ti? Sabes tú y nadie más.

41

¡Oh dadivoso!
¡Oh sobremanera espléndido y misericordioso!
¡Oh tú, de majestad cubierto y generosidad manifiesta!
¡Oh tú que previo a la tabla y a la pluma otorgas las partes!
¡Oh tú que representas la fiesta tras mil tristezas.
Ojalá un día de nuevo me libere de esta historia de Eva
[y Adán.

Y me libere de la atadura del ser y del no ser.
Que arroje de mi corazón este deseo
y esté entonces por un instante en paz con el amigo.
En la reunión íntima, eleve uno tras otro cálices
[de alegría.
¿Hasta cuándo hay que hablar de la entidad y la creación
[del hombre?
¿Hasta cuándo discutir sobre la creación o la eternidad
[del mundo?
¿Hasta cuándo arrebatas a través de este velo
y hasta cuándo seguirás sin hartarte del hombre y
[del universo?

42

¡Oh tú que estás más cerca de nosotros que nosotros,
y eres más amable con nosotros que nosotros!
Tú que eres suave con nosotros sin nosotros,
por tu clemencia, no por merecimiento nuestro,
ni por nuestra labor, ni por el fruto.
No te comportas según nuestros méritos
ni según nuestra capacidad de gracia.
Borra todo aquello hecho por nosotros,
que cuanto haces tú por nosotros queda,
pues cuanto por nos hiciste, por ti mismo lo hiciste,
no para nosotros.

43

¡Ay del primer día!
Si ese día es de gracia,
del premio, la obediencia es la causa
y pecar, la causa del perdón.
Y si aquel día no es objeto de gracia,
el arrepentimiento mueve a la obediencia
y el pecar a la crueldad.
Si el azúcar llegó dulce, no por sí mismo lo hizo.
Si el alhandal llegó amargo, no por sí mismo lo hizo.
La tarea no depende de la desidia o la acción.
Realizar la tarea desde el primer día lo mereció. ¡Oh Dios!
Si un mero punto de tu mente atención no nos presta,
será sólo fracaso, al final, la historia nuestra.

44

¡Oh recuerdo de la razón, o prenda de intimidad,
presente estás!, ¿por qué buscamos?
¡Oh Dios!
Todos tienen un deseo y el del caminante es verte.
Que sin verte, el caminante, no necesita paraíso ni premio.
Mientras tenga este dolor oculto,
pues eres mi bálsamo, te busco.

45

¡Oh Dios!
El que por lo creado te conoció, se detuvo en el efecto.

El que por los atributos te conoció, se halla en la cárcel
[del verbo.
El que por las señales te conoció, busca hablar contigo.
Es inocente el raptado de sí mismo.

46

¡Oh Dios!
¡Oh bien de los místicos, deseo del corazón que ansía!
eres el que menciona la lengua de los que loan.
No te quiero por la voz de los que reivindican,
no te adoro porque cuidas el corazón del siervo.
Como cosa de este mundo no te reconozco.
¿Cómo no amarte si eres, del alma, el gozo?

47

¡Oh Dios!
Desde que llamaste al caminante
solo se halla el caminante entre los hombres.
Desde que dijiste: ven,
los siete miembros del caminante estuvieron alerta.
¿Qué procede del hombre? Su capacidad es clara.
Con las alforjas vacías, pura vanidad.
Anterior a Adán y Eva es esta tarea.
Y anterior a miedo y esperanza es la entrega.
Pero el hombre padece la enfermedad del ver.
Afortunado el que consigo mismo lucha,

libre de esta enfermedad.
Si el molino de los estados gira,
¿qué más da? Firme está el eje de la voluntad.
¡Oh amigo!, en todo mi ser te he buscado.
En verdad no hay arte ni razón en lo que digo
Si de ti mismo has salido entero,
quizá esté yo en tu lugar, ¡oh ídolo!

48

¡Oh Dios!
¡Que hermosos contigo los días de los amigos!,
¡que noble es su conducta con la esperanza de verte!
¡Que gozosas sus palabras en tu búsqueda!,
¡que majestad en su día la tarea tuya!

49

¡Oh Rey!
El agua de tu atención llegó a la piedra.
Brotó la piedra y dio fruto.
La fruta cobró sabor y despertó el gusto.
¡Oh Rey!
Tu recuerdo vivificó el corazón.
Y cuidó la siembra del amor,
hizo brotar el árbol de la alegría
y dio el fruto de la libertad.

El suelo suave, la tierra buena
y la adecuada naturaleza
hacen que sólo brote de la semilla el árbol bendito
y que sólo el jazmín de temporada florezca.

50

—¡Oh Dios!
Conozco la fuente pero beber no puedo.
Sediento está mi corazón y por una gota me deshago
[en llanto.
No me puede saciar el que reparte el agua,
yo busco el mar.
Átrás dejé mil fuentes y mil ríos,
tal vez el mar encuentre.
¿Has visto un ahogado en el fuego del amor?
Ese soy yo.
Y en el mar, ¿has visto un sediento?
Ese soy yo.
Como un perplejo en el desierto soy.
¡Auxilio!, grito, que ya no tengo corazón.

51

¡Oh Dios!
El que a ti ajeno está, ajeno está en su tierra.
¿Hasta cuándo ha de durar esta historia?
¿Cómo puede partir quien tú pones a prueba?

¿Cuándo llega a casa el que es exiliado en su tierra?
¡Oh Dios!
El entusiasmado muere de amistad
y a quien de amistad muere, tu visión es sudario.

52

¡Oh Señor!
¡Sufro del dolor del que sólo tú eres cura!
¡Espero ese fuego cuyo fin eres tú!
Siervo soy del elogio que tú mereces
Nada sé en ti, ¡sólo tú sabes!
Tú eres el que dijiste
tal y como dijiste.
No tiene orden mi tarea separado de ti,
dulce es todo lo amargo y cocido lo crudo.
Si mil suertes me ofrece el universo,
sin tu nombre, ilícitas son todas para mí.

53

¡Oh Dios!
Tres cosas tengo, observa:
En primer lugar el postrarse, fruto de mi amor por ti
[de corazón.
En el segundo, confirmación: decir que es cierto cuanto
[tú dijiste.
En el tercero que al levantarse el viento de generosidad,
sólo a ti te aman el alma y el corazón.

54

¡Oh Dios!
Soportamos lo que soportamos.
Dada a nuestra aceptación todo fue gozoso.
Oímos.
¡Oh Dios!
Sabes que nunca en el amor fuimos pacientes.
Tocamos la aldaba de la puerta de amistad
de toda tierra a la que llegamos.
Todo camino que recorrimos con tu olor lo cruzamos.
El corazón partió, ¡sea gozoso!
Si el alma parte siguiendo este camino, nos complace.

55

¡Oh Dios!
Todos están exilados en el cuerpo
y yo en el alma y el corazón.
Todos están exilados en el partir de viaje
y yo en el quedarme.
¡Oh Dios!
Todo enfermo halla la curación gracias al médico.
Yo por causa del médico estoy enfermo.
A todos les toca algo del destino
y a mí nada me toca.
Todo enamorado comparte con su amado la tristeza
y yo, sin amigo, sin compartir me quedo.
De noche sumidos están todos en sueños, yo estoy en vela.
Cada uno reposa con su amado, yo de amigo ajeno.

56

¡Oh Dios!
Tu atención es la montaña, tu generosidad es el mar.
¿Cuándo merma la montaña, cuándo disminuye el mar?
¿Se ausentó un día tu atención? ¿Se detuvo tu generosidad?
Así, pues, el gozo es único, porque el amigo es sin par.

57

¡Oh Dios!
No tiene precio el verte, ni merece el caminante estar
[contigo,
y ni una partícula del destino hay en el alma.
Pues este arder y sufrir, ¿a qué se debe?
Parece que el sufrimiento del mundo se asienta en varios
[lugares.
Lo que nos tocará es esto, si un día el espino da dátiles.

58

¡Oh Dios!
Por tu nobleza tenemos este ojo,
y por tu bondad este oído.
Perdónanos, que nuestro hacer nos embrutece.
Sin remedio posible nos hallamos en este día.
Muy orgullosos estamos de nuestro intelecto.
A nuestra capacidad, fuertemente atados.

¡Cógenos la mano, con tu propia nobleza!
¡Por tu generosidad, llámanos!,
¡recíbenos en el banquete de tu benevolencia!

59

Es una joya caída en la tierra, en el camino.
Nadie conoce el precio de esta joya.
Sin atabal ni tocado, consiguió una realeza eterna.
Por esa joya llegó de pronto el reinado
y no mermó el precio de la joya en el camino.
El precio antiguo de aquella joya se mantiene.
¿A quién su luz refleja?
No se quejó el que se hallaba atendido.
¿Quién empezó esta historia?
¿Quién quiso, de esta tarea, el inicio?
¿Quién plantó el árbol del amor?
¿Quién adornó la morada de amistad?
Pues, con tal benevolencia, esta sospecha ¿a qué se debe?
El día de la compra vio el defecto y dijo que era justo.
¡Oh Dios!
Tu don de gozo es lo que nos toca.
¿Quién es un amo como tú?
¿Dónde se halla como tú un amigo?
Tú eres así y no espero otra cosa.
Y dices que esto es un signo y la vía de mañana.
Este es el mensaje y el premio va a su zaga.
¿Para qué la paciencia? ¿Qué lugar ha la calma?
El día que retires el velo de tu rostro,
tengo por cierto que humillarás a todos.

Si añades además belleza y hermosura,
¡oh Dios!, las consecuencias serán muchas.

60

¡Oh Dios!
Cuando aprendí lo que se aprende
y quemé lo aprendido,
arrojé lo ahorrado
y ahorré lo arrojado;
vendí lo inexistente
para prender fuego a lo existente.
¡Oh Dios!
Conocí la unicidad,
esperando el gozo de arder,
¿cuándo diré: tiré la copa
y renuncié a los deseos,
y perdí el propio ser?
¿Cuándo saldré volando de esta jaula
y haré el nido en el jardín divino?

61

¡Oh Dios!
A veces dices: baja.
A veces dices: huye.
A veces ordenas: ven.
A veces dices: abstente.

¡Oh Señor!
¿Es este el signo del acercamiento
o es la pura resurrección?
Nunca he visto albricia amenazante.
¡Oh paciente amable,
oh sutil buen amigo,
he venido a la corte,
si quieres trátame con tu gracia
y si quieres humíllame.

62

¡Oh Dios!
Cuando apareció tu amor,
los amores en desamor se convirtieron.
Y cuando apareció el amor por ti,
todos los desamores en fidelidad se convirtieron.
¡Oh Dios!
No fue nuestro el valor pues nos eligieron,
ni carecíamos hasta tal punto de valor que eligieras en vano,
que tú mismo nos diste valor al elegirnos,
y, el defecto, que veías, cubriste.

63

¡Bendito el día en que el sol de tu majestad nos mire!
¡Benditos los deseantes que nos den noticia de tu belleza!
De nuestra vida hicimos presa para el halcón
que en el cielo de tu búsqueda se entrega al vuelo.
Ofrezco mi corazón como lugar de llamada para tu reino.

64

¡Oh Dios!
De estos trabajos todo es dolor cuanto toca a este
[desdichado,
que este dolor, pues mucho merece, sea alabado.
Pobre el que está exento de tal dolor,
en verdad quien no presume de este dolor es un villano.
Por cada sufrimiento que parte, mi corazón
a otro sufrimiento en su lugar alberga.
Entabla, pues, relación con cada sufrimiento.
Cuando llega el fuego, todo lo quema.

65

¡Oh Dios!
Corriendo van tus ríos, y yo sediento, ¿hasta cuándo?
¿Qué sed es ésta, y uno tras otro se suceden cálices?
Estado tan extraño como éste, ¿quién lo alcanza?
Yo sediento y ante mi discurre el agua clara.
¡Oh, de los dos mundos amado!
¿Cuántas veces te ocultas y cuántas te desvelas?
Mi corazón perplejo está y mi alma en la demencia.
¿Hasta cuándo este ocultar y manifestarse?
¿Cuándo tendrá lugar la epifanía eterna?

66

¡Oh Dios!
La majestad de tu grandeza lugar no dejó para signos.
Tu desvanecerte y tu prueba anularon el resto del camino,
hasta que el caminante perdió cuanto en la mano tenía.
¡Oh Dios!
Tus bienes aumentaban
y los del caminante disminuían.
Al final queda sólo lo mismo:
lo que en verdad hubo en un principio.
El sufrimiento todo está
en la naturaleza del agua y de la tierra.
Antes del corazón y la tierra, ¿qué había?
Lo que había será nuestra cosecha.

67

¡Oh Dios!
A todo pobre algo le alcanza de tu ser.
Por tu clemencia, médico tiene todo enfermo.
De la amplitud de tu gracia una parte a cada uno toca.
De tus firmes bondades el que lo necesita tiene una gota.
En la cabeza de todo fiel pones una corona.
En el corazón de todo enamorado, una lámpara.
Y todo loco tiene algo que ver contigo.
Y todo el que aguarda, tendrá al final visita y vino.

68

¡Oh Dios!
¿Qué sino me toca?
Temo que de ti no me toca otro sino que el anhelo.
¡Oh Dios!
Tiemblo pues yo nada valgo.
Y si nada valgo, ¿qué hacer?
Por eso sólo ardo
y así de esta caída me levanto.
¡Oh Dios!
¡Cómo evitar mi suerte?
¿Cuál es mi sitio entre lo existente?
¿Cómo remediar lo que no tiene remedio?
¿Adónde huir, si en el Mar Hamun me encuentro?
¡Oh Dios!
Mi corazón es la mina del anhelo,
la causa del dolor y la tristeza es el cuerpo mío.
¡Oh Dios!
No puedo decir por qué me toca todo esto,
ni alcanzará mi mano la fuente de mi remedio.
Mientras tenga este dolor oculto,
te busco pues tú conoces la cura.

69

¡Oh lo existido, lo existente, lo existible!
Lo digno de ser oído.
Tu amor digno de ser integrado y itú digno de ser visto!
¡Oh luz de la mirada, rey del corazón y don del alma!

Digna de gloria es tu altura y siempre amable.
Ni para adorarte hay lengua,
ni para hallarte medio.
¡Oh, tú, que ocupas el corazón y saqueas el alma!
Haz emerger el sol de la contemplación una vez,
[en el horizonte visible,
y haz que sobre nosotros lluevan unas gotas
de la nube de la benevolencia.

70

¡De las palabras de los íntegros eres concepto!
¡De las almas de los amigos, lámpara!
¡De los corazones de los ajenos, calma!
Mientras en el centro del alma estás presente,
yo, que estoy sin corazón, pregunto: ¿dónde estás?
El hábito de la lengua eres y la vida del alma.
Interpretación eres de ti mismo.
Por tu verdad
no hagas que nos sentemos en la sombra del orgullo.
Y haz que a tu encuentro lleguemos.
Si no eres tú, hacia ti no hay señal ni guía.
¡Oh Señor!
Fíjate en el deseo de uno
que, excepto éste, no tiene otro deseo.

71

¡Oh Dios!
Si derrochas generosidad,
otros ora justicia ora injusticia.
Y si derrochas justicia,
tal viento es de otros la generosidad.

72

¡Oh Dios!
Con la atención primera plantaste la semilla de la rectitud.
Con el mensaje de los profetas la regaste.
Con compañía y ayuda lo cuidaste.
Con tu atención lo hiciste prosperar.
¡Oh Señor!
Bueno es que ahora evites el veneno del descuido
y, por respeto a la eternidad,
ayudes a lo plantado por la atención primera.

73

¡Oh Dios!
A veces digo que me poseen diablos
por ver tantos velos.
De pronto surge una luz por la que no se ve la humanidad
[entera.
¡Oh Dios!
Cuando la vista espera ver todavía,
¿qué es esa tortura del corazón?

Cuando todo este camino es tortura,
¿qué es tanto gozo?
¡Oh Dios!
ora de ti hablaba, ora escuchaba.
En medio de mi delito pensaba en tu benevolencia.
Aguantamos lo que aguantamos.
Todo era gozo de oír la voz de tu anuencia.

74

¡Oh Dios!
Lo que puede hallarse sin querer,
¿quién lo quiere?
Y lo que más recompensa,
pedirlo, ¿qué sentido tiene?
¡Oh Dios!
Del hombre son la ciencia, la tentativa y el sufrimiento.
Y lo que a cada uno de ti toca es por el Primer
[merecimiento.

75

¡Oh Dios!
Un dolor se apodera de mí, ¡que no cese!
Me complace este dolor.
¿Qué se puede pedir al enfermo cuyo dolor lo regocija?
¡Oh Dios!
Ésta es la historia que acepto.
¿Qué respuesta hay para este pobre doliente?

76

¡Oh Señor!
Oyeron los beatos la descripción de tu grandeza,
y se dedicaron sólo a ti.
Oyeron los reyes la descripción de tu Majestad,
por temor a tu ira obedecieron.
Oyeron los pecadores la descripción de tu clemencia
y confiaron.

77

¡Oh tú que cultivas el dolor de contricción
en los corazones de los que están cerca!
¡Oh tú que arrojas ardor
en los corazones de los arrepentidos!
¡Oh tú que aceptas a pecadores y confesores,
nadie regresó hasta que lo hiciste regresar!
Nadie encontró el camino hasta que con tu mano
[lo guiaste.
Toma nuestra mano,
pues sin ti no hay auxilio.
Albérganos, que no haya refugio si no eres tú.
A nuestra pregunta, si no eres tú, no hay respuesta.
A nuestro dolor, si no eres tú, no hay remedio.
A nuestra tristeza, si no eres tú, no hay sosiego.

78

¡Oh Dios!
Tu gracia te hizo visible a los que amas.
Ebrios dejaste a algunos del vino de intimidad.
A otros en el mar de la perplejidad los sumergiste.
Hiciste oír la voz de cerca,
y de lejos mostraste la señal.
Llamaste al caminante
y entonces te ocultaste.
Te mostraste tras el velo
y te manifestaste con el signo de majestad
hasta que se perdieron en el yermo del desconcierto
[los caballeros
y por su impaciencia sin saber donde ir los dejaste.
¿Qué hiciste con esos desventurados?
El juez de los que buscan auxilio eres tú
y para los que buscan justicia, el justiciero.
Eres la recompensa de los difuntos,
el que salva a los náufragos
y el guía de los extraviados.
A saber dónde encontrará el camino el que anda perdido
y a qué orilla irá a parar el ahogado.
Y cuándo hallarán sosiego las almas cansadas
y aquella historia oculta, la respuesta.
Y ¿cuándo llegara el alba de aquella noche de espera?

79

¡Oh Dios!
Tú eres aquel que arrojó la luz de epifanía en los corazones
[de los amigos.
Fuentes de amor por sus cabezas hiciste correr.
De sus corazones, espejo tuyo hiciste y lugar sincero.
Visible en él,
tu epifanía hizo invisibles a los dos universos.
¡Oh luz de los ojos de los íntimos!
¡Oh gozo del corazón de los amigos
y alegría del alma de los que están cerca,
tú lo eras todo y eras tú.
Lejos no estás para que te busquen,
ni estás ausente para que te reclamen.
Y sin ti no pueden encontrarte.

80

¡Oh Dios!
Todo lo que creí señal era velo.
Todo lo que tuve por bien absurdo era.
¡Oh Dios!
Quítame el velo de una vez,
no me dejes en manos del intento
y arranca ese defecto que es mi ser.
¡Oh Dios!
No consideres nuestro hacer
y aleja de nosotros nuestro daño.

¡Oh, tú, Hacedor benevolente!,
lo que hiciste sin nosotros, sin nosotros mantenlo.
No dejes tu luz en nuestra mano.

81

¡Oh tú, accesible y bien hallado!
La ebriedad ¿qué muestra excepto ausencia de sí?
De lejanía sufre toda la creación
y de proximidad este pobre.
Por no hallar agua todo está sediento.
Y nosotros, por saciados de agua, ¡oh Dios!
Toda amistad se da entre dos,
el tercero no cabe.
En esta amistad todo eres tú,
para mí no hay lugar.
Si mías son estas labores, no puedo hacerlas.
Si tuyas, lo eres tú todo.
¿Qué tengo que ver yo con reclamaciones?

82

¡Oh Dios!
¡Oh, tú, omnisciente!
¡Oh omnipotente!
¡Oh todopoderoso!
Nadie un nombre te da,
ni es de ti independiente.

Tu sabiduría establece la tarea
y tu gracia la cumple.
¡Oh Dios!
El hombre no puede saber la causa de tu labor.
A nadie le es dado decidir por ti.
Tú hiciste los lotes,
tú hiciste las voces.
Nada de nadie hay para ti
ni de ti para nadie.
Todo va de ti a ti.
Todo eres tú, eso es todo.

83

¡Oh Dios!
Te verá uno
que te vio el Primero.
Y para el que te vio
los dos mundos desaparecieron.
Y el que te vio sin ver te deseó.

84

¡Oh Dios!
A miles hiciste pasar por desfiladeros
y quedó uno.
Avergonzado está mi corazón
de tanto llamarte.

¡Oh Dios!
Lavaste con mil aguas hasta dar a conocer un amigo
y por lavar quedó uno solo.
Lávame de mí
para que de mí me levante y quedes tú.
¡Oh Dios!
¿Habrá algún día sin sufrimiento entre nosotros
para que abra los ojos y me vea ante ti?

85

¡Oh Dios!
Tú eres el que rebasa el dominio de la fantasía
y eres impune al movimiento del juicio.
A la imaginación no te sometes,
ni estás al alcance de los ojos.
Conciliador para el que está agitado
y dador de alegría para el triste.
En tus sentencias indiscutible,
sin medida en la esencia.
Y en los atributos sin par.
Eres el tulipán rojo y la perla oculta.
Yo soy Machnún, Layla de Machnún eres.
Tienes asiduos poderosos,
¿cómo te portarás con los menesterosos?

86

¡Oh memoria de los mundos,
de los corazones prenda,
por las lenguas mencionado,
alégranos con tu gracia!
En tu recuerdo te apoyas
y de aquel que te recuerda
solamente tu recuerdo te merece.
¿Qué puede hacer el caminante para merecerte?
¡Oh Dios!
Tú te recuerdas y en ti yo pienso,
tú sigues tus designios y yo tu naturaleza.

87

¡Oh Dios!
Soy ignorante para darte gracias,
incapaz de hacer algo digno de ti.
En mi propia miseria desolado,
cada día en pérdida me hallo.
¿Puede darse alguien para mí? Yo soy ese.
Por mirar la oscuridad estoy gritando.
Y no sé nada de nuestra existencia.
Espero el día en que tú permanezcas y yo no.
¿Quién se asemejará a mí, si llego a ver ese día?
Y si lo veo, por él, perderé la vida.

88

No se ve la grandeza de lo eterno,
¿qué han hecho sus bondades del caminante?
Un destino oculto otorgan al principio al caminante
con el fin de arrancarlo del mundo.
Le atrae una cercanía
Que, en su mismidad pura, de agua y tierra lo saca.
Digna es de ser hallada la mismidad.
El que te busque ha de ser un hombre tal
que no esté atado por el dolor o la razón.
Nadie a tu encuentro llega por lo mismo.
De las penas que causas tal hombre ha de ser digno.

89

¡Oh Dios!
¿Por qué valoro la hurí y el paraíso?
Si un aliento me otorgas,
de ese aliento haré un paraíso.

90

¡Oh Dios!
Tú eres el que ve la maldad del siervo,
y no aceleras el castigo.
Del siervo escuchas la blasfemia
y no le ahorras la gracia.
El camino del arrepentimiento y el perdón le ofreces
y lo convocas con tu mensaje y tu llamada.

Y si regresa le das palabra de clemencia.
Si alguien abandona sus hechos antiguos,
el pasado está perdonado[2].
Si eres así con el enemigo de mal comportamiento,
¿qué decir? ¿Cómo serás con el buen amigo?

91

Dolor y remedio,
pena y gozo,
pobreza y riqueza
adjetivos son de los caminantes
en las moradas de la vía,
pero cuando el hombre llega a su destino,
ni hogar ni morada tiene,
ni tiempo ni estado,
ni corazón ni alma.
¡Oh Dios!
por el dolor valoro el tiempo
y aumentar ese dolor busco
con la esperanza de que al rebasarlo
arrojaré el dolor y el sosiego.

92

¡Oh Dios!
Sufro por mis pocos méritos
y grito porque a nadie tengo.

2. En árabe en el original.

Remedia mi dolor,
¡oh tú que a cuantos sufren, remedias!
¡oh tú que eres libre de defecto,
oh superior a toda hipótesis,
oh tú a quien no es necesario mi servicio,
oh tú a quien mi cálculo no alcanza,
en el lugar de la clemencia me hallo, perdóname.
Atado estoy a mis deseos,
de esta atadura desátame.

93

Los que ven la luz de la proximidad en el místico
arden.
El místico que ve la luz de la proximidad en sí mismo
arde.
La ciencia de la proximidad no cabe entre la lengua
[y el oído,
que es harto estrecho éste camino.
La lengua de la proximidad se avergüenza
de la compañía del agua y del barro.
Cuando aparece la proximidad,
el hombre y el universo ¿qué duda le pueden despertar?
Mientras estás en ti, ¿qué relación tienes con esta
[palabra?
Que ésta es la vida verdadera y del universo la saciedad.

94

¡Oh Dios!
Este ardor nuestro es hoy doloroso.
Fuerza no hay para soportarlo ni lugar donde huir.
Qué cuchillo es éste tan afilado.
Ni el lugar es de calma ni se puede evadir.
¡Oh Dios!
Todos con algo
y yo no sé con qué.
He aquí el miedo:
que llegue el tiempo de saber quien soy.
¡Oh Dios!
Este cuerpo mío es mina de deseo.
Este corazón mío, es fuente de dolor y de tristeza.
No puedo decir por qué me toca todo esto,
tampoco alcanzo la fuente de mi remedio.

95

¡Oh Dios!
Si la lengua del amor está callada
todo su estado es lengua.
Si la vida entrego en la amistad,
el amigo ocupa el lugar de la vida.
El ahogado no ve el agua pues en ella está inmerso.
De día no encienden la lámpara,
que el mismo día es lámpara del universo.

96

¡Oh Dios!
Todo lo que en este mundo me toca,
dalo a los incrédulos.
Y todo lo que me toca en el otro mundo,
dalo a los creyentes.
En este mundo me basta nombrarte y evocarte.
En el otro, me basta verte y saludarte.

97

¡Oh Dios!
¿Acaso puedo encontrarme
si en tu reino soy menos que un hilo?
Se necesita lámpara para hallar el día.
¿Hasta cuándo enunciaré este dislate?
Hallar el ser a través del no ser es imposible.
Y buscar lo no conocido es padecer.
Buscar la unidad a través de la dualidad es maniqueísmo.
Y un nefasto camino atarse a petición.
Lo que es más que uno es nada.
El ser es uno. Y lo otro es menos que no ser.
¡Por Dios! ¡Loado sea Dios!
Cuanto conocí no existía
y cuanto existía no lo conocí.
Hoy eché al agua este supuesto conocimiento.
Era yo lo que estaba conmigo.
Hoy he comprendido que no era yo,
pues no hay ruptura ni encuentro, daño ni beneficio.

La ciencia y el intento nuestro
en el viejo fuego cumplieron la sentencia.
Al que lo merecía le llegó la luz
y al que no lo merecía el humo.
Ni cerca ni lejos, ni tarde ni temprano se halla,
la preferencia de la verdad no se mancilló con la limitación.

98

La amistad dejó en pie sólo al amigo y el resto es ruina.
Uno son el que evoca y el evocado y prenda suya, el culto.
¡Oh Dios!
¡Por un justo evocar y el encuentro oportuno!
¡Por aquel por señas conocido y el amigo sin mediador!
¡Por esa evocación que precede al amor!
¡Y abarcar «oh Dios» en el recuerdo!
¡Oh Dios!
¿Qué recuerdo, si todo soy recuerdo?
La cosecha toda de mi señal dejé al viento.

¡Oh Dios!
¿Quién de ti tiene conocimiento, excepto tú?
A nadie le es dado.
Y el que por sí te busca,
en su medida queda atrapado.
A ti, de ti y desde ti te busca,
y contigo y desde ti a ti te habla.
El que visión alcanza es mudo y el que es consciente habla.
El que alcanza visión sumido está en la vista,
y el que está en pie, en la búsqueda.

99

Permanecí en contemplación.
De pronto en contemplación me convertí.
En el campo de la contemplación jinete soy.
Ay, ay de la imaginación girando en torno a ti.

100

¡Oh Dios!
No me dejes en el saber,
que el saber es todo ocupación.
No cierres la puerta de la ciencia,
que la ciencia es todo dolor.
Mientras el caminante es por sí mismo,
es hierro frío y seco arroyo.
El asceta que se conforma con la loa,
cegado es por un velo.
Y media moneda es para el sufí un tesoro.

101

¡Oh Dios!
Quien te encontró, encontró,
pero ¿dónde encontró?
¿Cuándo estuviste ausente para tener que hallarte?
No concibió tu esencia, quien no halló tu tarea.
Quien concibió la búsqueda sin concebir tu encuentro,
de la vía de la verdad, se apartó.

102

¡Oh Dios!
Sostén sobre nosotros tu mirada,
¡haz que culmine esta alegría!
De nosotros libéranos, danos tú el nombre
Y, al apartarnos, saluda a nuestra alma.

103

¡Oh Dios!
Nuestra apariencia es agitada,
nuestro interior dormido.
Tenemos el pecho en fuego,
llena de agua la mirada.
A veces ardemos en el fuego del pecho.
A veces nos ahogamos en el agua de la mirada.
De todos, hacia Él es el regreso[3].

104

¡Oh Dios!
A tu siervo protege de tres plagas:
tentaciones del diablo,
deseo del ego,
vanidad e ignorancia.

3. En árabe en el original.

¡Oh Dios!
Tú con tu clemencia eres,
nosotros con nuestra necesidad.
Poderoso eres, pobres derviches nosotros.
¡Oh Dios! ¿De qué me sirven el paraíso y la hurí?
Dame ojos para crear con cada mirada un paraíso.
¡Oh Dios!
Por ese nombre que pronuncias,
por ese atributo que te adorna,
otórganos ayuda.

105

¡Oh Dios!
Cuando podía, no sabía.
Cuando sabía, no podía.
¡Ay de esta ciencia no aprendida!
En ella a veces sumergido, ardiendo a veces.
¡Oh Dios!
La tarea tan sólo ondulaciones tiene y giros,
acepta, pues, que carece de alef.

106

¡Oh Dios!
Si el cuerpo comete delito, el corazón es sumiso.
Si el siervo peca, tu clemencia es su compañera.
¡Oh Dios!

Con el delito no nos dejes,
o ignora lo que es ilícito. ¡Oh Dios!
Sufro por mi colorido.
Acaso con la mala suerte estoy en guerra.
A veces soy el honor del paraíso,
a veces del infierno la vergüenza.

107

¡Oh Dios!
Si está en tus manos el fuego de la separación,
¿por qué creaste el fuego del infierno?
¡Oh Dios!
Con el conocimiento de tres cosas,
el espanto de tres cosas se desvaneció.
Al probar el veneno de tu lejanía,
se olvidó la amargura del infierno.
Con la alegría de compartir tu evocación,
se olvidó el gozo del paraíso.
Con el valor de tu cercanía,
se olvidó la congoja del día de la resurrección.

108

¡Oh Dios!
Ni sangre causa morir por ti,
ni arder por ti humo causa.
Porque el que por ti muere, de morir se alegra,
y el que por ti arde, del gozo de arder se llena.

¡Oh Dios!
¿Cómo buscarte,
si en tu reino menos soy que un cabello?
¡Oh Dios!
Si en ti estamos anclados,
somos reyes con la corona en la cabeza.
Si en nosotros lo estamos,
somos tierra con tierra en la cabeza.

109

¡Oh Dios!
Del mismo modo que la espuma del mar está en la orilla,
las perfecciones de los ebrios por ti se hallan en medio
[de la noche.

110

¡Oh Dios!
Abdolah es un peón en el tablero.
Donde gira la torre la atropellan con caballos.
¡Oh Dios!,
cuando el fin llegue y se quede en jaque mate,
guárdalo del hechizo del diablo,
porque la reina actúa libremente.

111

Oh Dios
El cielo es como los ojos y la lámpara,
mas es ardor y pena para el que no te ve.
El infierno, para el ignorante es el mirar
y para el que conoce, el pasar,
y para el místico es contemplar.
Oh Dios, si al infierno me envías, yo no me quejo,
y si al cielo me envías sin tu rostro, por ello no doy nada.
Oh Dios,
yo de huríes y palacios no presumo,
mas de un instante solo contigo construyo mil cielos.
Si quieres fuego, haz de Abdolah un hierro candente
y dispón otro infierno,
mas si amoroso quieres ser
otro paraíso es necesario para recrearse en él.

112

Oh Dios,
mi lengua se agotó en la letanía.
La letanía se agotó en la Palabra.
El corazón se agotó en el amor,
el amor en la luz se agotó.
La vida se agotó en la epifanía,
la epifanía sin pronunciar palabra.
Es evidente de qué presume el que cobra su trabajo
y de qué presume el místico, está claro.

113

Oh Dios,
a nadie sucede
lo que a nosotros nos sucede,
los ojos que a contemplarte fueron,
nunca vuelven.

114

Oh Dios
Sabes que nadie soy sin ti,
coge mi mano para que llegue a ti.
En la apariencia, acepto; en el interior me someto.
No temo al rival, ni me asusta el enemigo.
No rechazo al que sigue la ley
ni al que deja de cumplirla.
Ni el tesoro de la semejanza,
ni el lugar de la interpretación.
Si el corazón se pregunta ¿por qué?,
respondo: a la tarea me he entregado.
Y si el intelecto pregunta ¿por qué?,
respondo: soy un siervo.
Oh Dios
No sé si estás en el alma o eres el alma del alma.
Ni esto ni lo otro eres.
Oh alma de la vida,
perdón y clemencia son nuestra petición.
Oh Dios,
tú ves, tú sabes y satisfacer puedes.

Oh Dios, dejé que el viento se llevara mi vida
e hice sufrir al cuerpo.
Hablaste y no te obedecí.
Sin remedio quedé y no me curé.
Oh Dios
Con pena estoy y con lamento
y, sin ti, estoy perplejo.
Pendiente del destino
me hallo en la cárcel del sufrimiento.

115

¡Oh Dios!
Otórganos un corazón que nos haga entregar la vida
[en pos de ti.
Otórganos un alma capaz de abarcar la labor del universo.
Otórganos una devoción tal que nos aparte del mundo.
Otórganos un espíritu de fe que nos impulse a la fe.
Otórganos una certeza que mantenga cerrada la puerta
[de la codicia.
Otórganos una conformidad que mantenga cerrada la
[ventana de la avidez.
Sabiduría para que no nos aparten del camino.
Otórganos vista para que no caigamos en el pozo.
Sujeta nuestra mano, que no tenemos punto de apoyo.
Otórganos el perdón, pues hemos hecho el mal.
Apiádate de nosotros pues hemos sufrido.
No reclames nuestras obligaciones de fe, pues carecemos
[de fuerza.
No hables de tu grandeza, pues nos quedamos perplejos.

Otórganos fortuna para permanecer fijos en la fe.
Otórganos el mundo venidero para que de este mundo
[nos hartemos.
Sujétanos de modo que no nos dispersemos.
Mantennos en el camino para que no regresemos.
Enséñanos para que conozcamos la ley divina.
Ilumínanos para que no permanezcamos en la oscuridad.
Muéstranos tu rostro para que no miremos el rostro
[de nadie.
Abre una puerta para que pasemos.
Actúa tú, porque sólo Tú sabes.
Sé clemente, porque sólo Tú no puedes.
A todos libera de sí mismos.
Danos a todos el conocimiento de ti.
Protégenos a todos de la trampa de Satán.
Adviértenos de la seducción del ego.
¡Oh Dios!
realiza mi tarea y no mires mi modo de hacer.
Entrégame el corazón para que ensanche tu búsqueda.
La búsqueda que al paraíso me conduce.
Concédenos una ciencia donde no anide el deseo.
Concédenos una conducta que diste de la deslumbrante
[hipocresía.
Concédenos una vista que perciba la gloria de tu divinidad.
Concédeme un alma para que sea tu entregado siervo.
Concédeme un alma capaz de beber con gozo el veneno
[de tu sabiduría.
Cúranos tú, pues los inválidos carecen del arte de curar.
Concédenos el crecimiento pues los maniatados
[no realizan tarea alguna.
Encamina nuestros pasos pues estamos desorientados.
Recógenos pues estamos dispersos.

TRATADOS

TRATADO DEL CORAZÓN Y DEL ALMA

En el nombre de Dios, el clemente y misericordioso.

Dice así el autor de este tratado, como servidor de Su Majestad el Altísimo, Jaŷeh-Abdolah Ansarí: el corazón preguntó al alma:

—¿El principio de esta tarea, cuál es y el final de esta tarea, cuál es? ¿Y cuál es el fruto de esta tarea?

El alma respondió:

—El principio de esta tarea es el anonadamiento y el final es la permanencia. Y el fruto es la fidelidad.

El corazón preguntó:

—¿Qué es el anonadamiento? ¿Qué es la fidelidad? ¿Qué es la permanencia?

El alma contestó:

—El anonadamiento es liberarse de la propia mismidad, y la fidelidad, entregarse al amigo. Y la permanencia es ensamblarse a la Verdad.

Oh Dios
Incapaz soy y estoy perplejo.
Ni lo que tengo, conozco,
ni lo que conozco, tengo.

No importa que me des muerte,
no me apartes.
Conforme estoy, si me envías al infierno,
pero de ti no me alejes
¡Oh Dios!
No extingas esta lámpara encendida,
a este corazón no prendas fuego.

¡Oh Dios! sumisión ordenaste y no otorgaste apoyo,
prohibiste el pecado y lo permitiste.
¡Oh, tú, de enojo difícil y fácil conciliación,
al final a la separación me abandonaste!
¡Oh Dios!
Con los frutos de tu amor
se acabaron los amores.
¿Quién soy yo para amarte,
consciente como soy de cuál es mi valor?
Hallar el corazón y el amigo es realeza,
perdición es vivir sin amigo ni corazón.
Hablar es un gozo todo veneno.
Veneno lleno de gozo es el silencio.

La tarea, de la Atención depende; lo demás es pretexto.
¿Perjudica a Abraham que sea Azar su padre?
¿Beneficia a Azar, que su hijo sea Abraham?

El amor es humanívoro. Fútil es el humano sin amor.
El amor no tiene nombre ni deshonra, ni paz ni guerra.
El relato de los amigos es largo,
que nada necesita el adorado.
Si aceptas a uno de los amigos, lo salvas
y si uno de los amigos te acepta, a la Verdad se ensambla.

El que supo que el Creador respetaba su derecho, se liberó de envidia. Y todo el que supo que el que repartía, partía bien, se liberó de mal.

El pergamino de partición del destino sigue una línea, la palabra del hombre es un escándalo: piensa tener... ¡Que espere a que le retiren el velo!

Hay que decir sólo la verdad, mas toda la verdad no hay que decirla. La fatalidad es una atadura y la voluntad, ruina. Cabalga entre las dos con calma.

Elige un amigo que no se enoje; elige un sultán que no decaiga. Ojalá Abdolah se convirtiera en tierra y su nombre se borrara del libro de la existencia. Esta tarea ni del oro ni de la grandeza depende. Esta tarea es astucia y servidumbre. La desgracia es buena porque Él está en medio de la desgracia. Esta tarea, del corazón conocedor depende y no del hábito y la corona. La visión aumenta el conocimiento, pero la visión depende del nivel de conocimiento. En el mundo, del místico no hay señal. De alma carece la lengua que no indica el conocimiento.

¡Gloria a Dios!

Un día ves con gran claridad y no aceptas tan hermosa tarea. La tarea no depende de que se realice bien el hecho; la tarea depende de la aceptación del hecho.

¡Qué luz hay de obediencia! ¡Y del pecado qué defecto! Felicidad y desdicha desde la eternidad han sido adjudicadas. ¡Cómo va a temer el místico la censura del denostador! Ni el mar se contamina con la boca del perro ni el perro, con los siete mares, se purifica.

Abdolah era un tesoro escondido. Su llave estaba en la mano de Abulhasán Jaraqani[1]. Llegué a esa fuente de

1. Maestro místico de la época, cuyas palabras cambiaron el rumbo del joven Ansari.

agua de vida y bebí tanto que nada quedó de mí ni de Jaraqani.

¡Oh, tú, que algo posees: no lo digas!

¡Oh tú que nada posees: no mientas!

Si tienes no presumas, si no tienes no grites. No censures, que la negación es desdicha. El que desaprueba está apartado de esta tierra. Aunque sea muy larga la tiranía, tiene fin. Tiene fin, aunque sea poderoso, el tirano. El caballero es semejante al mar y el avaricioso es semejante a un arroyo. En el mar busca la perla, no en el arroyo.

Si el místico pone sus miras en el paraíso y en la hurí, se quiebra la pureza de su conocimiento. Y si el derviche suplica una bondad de quien no es Dios, cierra la puerta a su satisfacción. La atención es deseada y dos cosas la marcan: la infalibilidad al principio y el arrepentimiento al final. Si mil miedos tienes, échalos al agua. Consagra la tierra por donde pasaron los hombres de la vía.

Tener buena cara sin hacer bien no es congruente. Injusticias hay muchas, felicidad no hay al final. Y cuando en una y otra aparece la separación, huele a sangre. La ciencia que brota de la pluma ¿qué fruto dará? La ciencia es la que vierte Dios en su siervo. Hubo quien se aplicó a ella durante setenta años y no alcanzó a encender ni una lámpara. Hubo quien en toda su vida escuchó una sola palabra y ardió entero. Mientras por tu cuerpo y por tus bienes tiemblas, en verdad no vales dos granos de cebada.

Velado es el enamorado. Qué culpa tiene el murciélago de no ver de día. Cuando *Dios es el escanciador*, ¿cuál es el *vino puro*[2]? Cuando la verdad, desde el trono hasta la tierra se manifestó. ¿Quién es Mahoma? Al que sabe

2. Referencia a la Sura 76,21 del *Corán*.

cómo actuar hay que dejarlo y al que no sabe cómo actuar no hay que dejarlo. Ten firme la certeza y la lengua callada. Aquí no estás perdido ni allí olvidado.

En la tarea de la verdad, pensar es infidelidad. Buscar al amigo con un prisma es error. A todo el que te vio, le aumentó el alma y al que a ti llegó, le alcanzó su riqueza. Su amistad es sufrimiento; esclavo soy del que padece ese sufrimiento. Si buscas, esta palabra es tu lámpara y, si miras, esta palabra es mentira y te arrasa.

La ancianidad[3] es maestría, la profecía de lo oculto es astrología. Dejar las criaturas en manos de la Verdad es un guiño. Agredir a los hombres es crueldad. El camino de la reprobación es buscar el sufrimiento, recorrer el camino rectamente es acompañar a los buenos. Revelar los secretos es locura. Tener paciencia con la verdad es lucha. Sentir gratitud hacia Él es justicia. Vender carismas es de perros, comprar carismas es estulticia. Llorar es escanciar. Destruirse con la propia lengua es ser esbelto. Pedir es falsedad. Pensar es estar al acecho. Ser recto es encubrir. La amistad es ofrendar. Ser discípulo es sufrimiento extremo. Tolerancia es llevar una carga. Pensar a la hora de la caballerosidad es avaricia. En el sufismo, el reproche es grato. El buen talante es salud. La necesidad y la atención son generosidad. El coqueteo infiel es buscar un cómplice. Decir que uno lo dice todo indica pérdida del tino y es razón la tarea verdadera. Esta tarea en nadie se apoya. Confórmate con nada, partiendo de ti no construyas a nadie. El que a sí mismo se encontró, pendiente está de la existencia y la existencia es razón del egoísmo.

3. *pir*, anciano, palabra persa que se refiere al maestro sufí.

En tres bases se apoyan los hechos de Abdolah: demostrar la verdad sin extremismos, rechazar la confusión y la duda y seguir una norma exterior sin interferir en ella. Sé que existe pero no sé cómo es. Quien supo cómo es, está fuera del círculo del Islam, concebirlo rebasa nuestra capacidad.

¡Oh Dios!

Por la verdad de tu ausencia de necesidad, apiádate del que carece de todo argumento.

Sabe, ¡oh amado!, que la vida es preferible a la muerte si se respetan estos principios:

Primero: fidelidad a la Verdad altísima.
Segundo: equidad con las criaturas.
Tercero: ira dirigida contra el ego.
Cuarto: veneración a los mayores.
Quinto: amabilidad con los pequeños.
Sexto: consejo a los amigos.
Séptimo: clemencia con los enemigos.
Octavo: modestia con las gentes.
Noveno: generosidad con los derviches.
Décimo: silencio ante los ignorantes.

Todo el que respeta estos diez principios disfruta de la fe y del mundo. Y el que sabe cuatro cosas se salva de cuatro cosas: el que sabe que Dios altísimo no ha errado en la creación, libre está de defecto; el que sabe que cuanto le acontece a predestinación se debe, libre está de tristeza; el que sabe que en la partición no se ha desviado, libre está de envidia; y el que sabe cuál es su origen, libre está de egoísmo.

DIÁLOGO ENTRE EL INTELECTO Y EL AMOR

Un día, en mis tiempos de juventud, como sabes, me hallaba en la escuela, sentado y con mil tentaciones en la cabeza. Se apoderó de mi el orgullo y se precipitó a saquear los bienes del corazón y dijo: oh, tú, que estás al servicio del otro, ¿cuál es tu gozo si no soy yo? ¡Qué inmensa felicidad posees y qué grandes son tus servicios!

En cuanto hubo dicho esto, el ego se despertó. Lo vi alegre, con las velas izadas hasta lo más alto. Dije: queda lejos de mi vista, que ante de ti se hallan los peligros. Me entregué al llanto y lloré como Adán. Aparté el corazón de la servidumbre. Di por no hecho lo hecho y de vergüenza me sumergí en el agua. Y, despierto, me sumergí en el sueño. Me vi montado en un caballo y me vi en el negocio y en el comercio. Como movido por un latigazo, galopaba hacia una ciudad llamada Herat. Densas murallas, torres de paciencia, guardia de inteligencia, fosos de lágrimas, minarete de luz y un entorno como Sinaí.

Entré en aquella ciudad que parecía el paraíso, vi la gente en sus casas y a dos seres buscando el trono. Uno: el intelecto negador, otro: el amor libre y caballeroso. Es-

tuve observando para ver quién llegaba al trono y a cual ayudaba la suerte.

El intelecto dijo: yo soy la causa de toda perfección.

El amor dijo: yo no estoy atado por la fantasía.

El intelecto dijo: soy el eje de cuanto se ve construido.

El amor dijo: yo soy la mariposa enloquecida y ebria.

El intelecto dijo: yo apago la llama de las pasiones.

El amor dijo: yo me bebo de un trago el anonadamiento.

El intelecto dijo: yo beso el vergel de la salud.

El amor dijo: yo soy José en la cárcel de la reprobación.

El intelecto dijo: yo soy Alejandro consciente e informado.

El amor dijo: yo el bohemio del umbral.

El intelecto dijo: yo soy el que certifica la plata pura.

El amor dijo: yo soy el íntimo del santuario del encuentro.

El intelecto dijo: yo ejerzo la devoción.

El amor dijo: y yo qué tengo que ver con la ostentación.

El intelecto dijo: en la ciudad de la existencia no hay nada mayor que yo.

El amor dijo: yo soy superior al ser y la existencia.

El intelecto dijo: yo poseo la ciencia y la elocuencia.

El amor dijo: yo me hallo libre de los dos mundos.

El intelecto dijo: Yo soy el juez de la luz.

El amor dijo: yo soy el buscador de la Promesa.

El intelecto dijo: yo soy el maestro de la escuela de enseñanza.

El amor dijo: yo soy el perfume de almizcle de la entrega.

El intelecto dijo: yo soy el espejo de consulta de cuanto está maduro.

El amor dijo: yo estoy al margen de pérdida y beneficio.

El intelecto dijo: yo recuerdo la sutileza de las cosas extrañas.

El amor dijo: cuanto dices, excepto el Amigo, todo es como el viento.

El intelecto dijo: mi empeño ha sido siempre la servidumbre.

El amor dijo: yo estoy ebrio de desfiladeros divinos.

El intelecto dijo: yo albergo bajo el velo cosas sutiles.

El amor dijo: yo gozo de la amistad de bebedores de posos.

El intelecto dijo: yo soy el guarda del hombre. El representante de la bondad, atado a obligaciones, merezco que se me preste atención. Abro la puerta de la comprensión. Soy el que barre las fantasías, rosaleda de los pensadores, indulgencia de los artistas. Oh amor, ¿quién eres tú? ¿Cuándo alcanzas altura para abrir la boca y prolongar en críticas tu lengua? ¿Quién eres? Quemada está tu cosecha. Yo soy el que es consecuente con la investidura de la devoción. Tú eres el reflejo de las penas y los sufrimientos. Yo soy el intermediario *de la dirección divina*[4].

Amor dijo: yo he perdido la razón por un trago de anhelo. Ese que prende la llama del arrebato, el que peina el bucle amoroso. Soy la siembra en la tierra de la amistad. La servidumbre es la autoridad de mi territorio. El apoyo de mi grandeza es la perplejidad. Todo mi patrimonio es provocar el ansia y la entrega es el oficio de mi vida.

4. Referencia a *Corán*, azora 32,13.

Soy el tesoro de las ruinas de Bastam[5]. Soy la piedra de toque de la consanguinidad de fama y sombra.

Oh intelecto, tú ¿quién eres? Tú estás en el camino con compostura y yo moro en la corte. Al fin y al cabo cuando llegue el día del banquete y el claro día del gozo me ayude, yo hablaré del Amigo. Busco un fruto sin cáscara. No temo el velo ni por el velo pregunto. Aparezco ebrio y consigo el honor de estar próximo a la Verdad. Me pongo la corona del que acepta. Y tú, ¿quién eres? Seguirás en la puerta.

Estaban ellos con esta palabra y, de pronto, de la corte del rey de China, llegó un mensajero con un escrito. Un pergamino del rey, con el nombre del amor, donde se decía: «¡Oh intelecto desorientado! ¡Oh, cómo te estorba la túnica del entendimiento! Confórmate con el puesto de Visir. Si tienes fama, en ti no hay valentía, y si un saqueo te acontece, reptas hacia un escondrijo. Cuando esta falacia veas *ese día estará quebradizo*[6] y te aturdirás. Lo mismo sucede si en la ciudad del corazón por rencor se produce un motín o en el pecho una locura por odio. Cuando se trata de saquear los restos mortales, sobre todo, es un golpe definitivo. ¿Cuándo tendrás el valor de hacerte con la espada de manos del enemigo? En el reino es necesario un gobernador astuto que al ver la pluma se convierta en línea y al llegar el tifón se convierta en ánsar. Y si el terremoto acontece que no te agobie. Un rey valiente, un reino obediente. Pues el amor es quien posee estas cualidades, así que el emir de la zona del corazón es él.

5. Se refiere al místico Bayazid Bastamí.
6. *Corán*, azora 69,16.

El intelecto era una atadura y su trayecto duraba unos pasos. En la misma línea, un camino y en cada paso la codicia y el ojo velado. *Es algo ciertamente asombroso*[7]. Es, pues, necesario que haya sinceridad y no falsedad; y el amor tal un relámpago ha de raptar con una llama y con un trago rebelarse. Y con un breve rayo de luz y una fugaz mirada, nos saca de nosotros mismos y nos lleva al arrebato del amigo.

El hombre pare y el amor es futuro; la suerte del cielo se debe a los astros y la suerte del alma al amor se debe. La suerte del corazón depende de mantenerlo limpio de cuanto a Él es ajeno; y es árbol en crecimiento. Si el Señor es de La Meca o de Medina, no hay duda de que vendrá. El aroma no es perfume, es un color de la existencia, un engaño colorido.

Las horas carentes de amor son sufrimiento y cumplir con el deber sin corazón es vanidad. El que no está ebrio no va en Su compañía. Cuánto de bueno tenga o cuánta semilla de bondad siembre es la ilusión de un espejismo. Y es ebriedad sin vino. Pues el que va en camino precisa un amor sin odio y un afecto en la esencia del corazón, de lo contrario aunque camine no llega a su casa y aunque coma paja no alcanza el grano. Temblor es el fin del que carece de corazón; absurda es la tarea realizada sin amor. Al igual que el ave necesita las plumas, el hombre necesita la cabeza. El que busca necesita sinceridad y el caminante, el amor; y todo este basamento y la buena fama de estas vestiduras no se han concedido a buscador alguno, ¡oh sabio!, *excepto a quien vaya a Dios con el co-*

7. *Corán*, azora 38,5.

razón puro[8]. Y este corazón del que somos compradores y con todo nuestro ser deseamos, ¿lo buscamos en el saco de los comerciantes o nos llega su aroma desde las alforjas del vagabundo? ¿O acaso tiene cura nuestro amor del dolor del Primer día, si bien por más que lo miremos es perplejidad...? No, no, el amor es luz que no tiene fin. Y el corazón es partícula libre del mal. El amor es dolor sin remedio. Y el corazón *está entre dos dedos del Clemente*[9]. La Verdad rige el corazón y el remedio es una llama del amor. Y sin amor, en el corazón del hombre hay una lluvia y ambos, llama y lluvia, por orden del Magnífico y Poderoso. ¿Con qué caza se apacigua al león del amor? ¿Y cómo caerá en la trampa el ciervo del corazón? Si quieres que en tu corazón el amor actúe y te lance en pos de aquel Amigo, mírate a ti primero, observa a quién perteneces y al compararte con él: oh qué lejos estás de la clemencia divina *¿Acaso el hombre cree que lo han abandonado*[10]? Primero lo creado y al final perderse en el absurdo. ¿Hasta cuándo este ritmo, hasta cuándo tanta lentitud? Ahora pones el pie en la tumba y ya no verás la vida ni el aliento. Y de nada sirve el arrepentimiento. Dirán: oh de nada nacido, ¿dónde está aquel excelso y poderoso? Eres un pecador desnudo, responderás desde la tumba.

8. *Corán*, azora 26,89.
9. En árabe en el original.
10. *Corán*, azora 75,38.

Es ésta la obra singular de un místico, que expresa el rapto y la exaltación. Nacido en el año 396 de la Hégira (1005 d.C.), *Abdolah Ansari* se entregó al ascetismo y a enseñar y comentar el Corán. Pero lo que transmitía en sus reuniones exhalaba alegría y gozo. Ansari parte de la asunción de la perplejidad, ya que es «el camino» y en él sopla «la brisa de la felicidad», aunque lo merodea «un mar de lágrimas de sangre».

Clara Janés ha escrito más de veinte libros de poesía, entre ellos *Rosas de fuego* (1996), *Arcángel de sombra* (1998), *Los secretos del bosque* (2002), y *Los números oscuros* (2006). Es también novelista, ensayista y traductora. Se le han concedido el Premio Nacional de Traducción (1997), la Medalla de Oro del Mérito de las Bellas Artes (2005) y el Premio de las letras españolas Teresa de Ávila (2007).

Ahmad Taherí es periodista y traductor, experto en la poesía sufí persa. Con Clara Janés ha vertido al castellano varias obras poéticas persas, entre otras, *Rubayat* de Omar Jayyam, de Yalal ud-Din Rumi, de Abusaid Abuljair (Trotta, 2003) y 101 poemas de Hafez Shirazí. Es fundador de la Asociación Intercultural Persépolis.

ISBN 978-84-9879-045-0

9 788498 790450